

Nuestras entrevistas

Manuel San Germán

—Con un traje y un par de calcetines, un caudal inagotable de esperanzas y un mundo de ilusiones, llegué a Madrid. Mi padre, general gobernador de Santander, había muerto, y yo, que entonces sólo era bachiller, hube de buscármelas... La afición mía al toreo me decidió por esta profesión ¡y, protegido por el gran Joselito toreeé varias *nocturnas* y algunas novilladas en provincias y en las plazas de Tetuán y Vista Alegre.

—¿Y cuando murió José...?

—No, antes tuve que salir para París.

—¿Asuntos cinematográficos ya...?—Le interrogamos.

Sonríe San Germán. Dada... y al fin, decídese a hablar.

—No, señor. Asuntos de faldas: una señora que, disgustada conmigo se acusó, desesperada, ella solita ante quién jamás debió hacerlo... ¡Excuso decirle! El exprés de Irún, primero, y el de París, después...—Hace una breve pausa, mientras enciende un cigarrillo, y continúa:—En la capital francesa, después de unos días de desorientación absoluta, hice amistad con una artista de la casa *Pathé*: la «Yuo-Yuo», y con ella filmé «Monte maldito». Más tarde me contrató la *Gaumont* y rodé «L'appelle du cœur».

—¿Le remuneraban bien?

—¡Pchs...! Para ir viviendo...

Se interrumpe el notable actor para beber un sorbo de coñac. Estamos en «Spiedum». Las seis de la tarde. La luz intensa de los arcos voltáicos, arranca vivos destellos al rubí, a la amatista, al esmeralda líquido de las copas. Fulgen, cegadores e irisados, sobre el terciopelo rosa de los escotes femeninos, las piedras de los collares y de los *pendantifs*... Por la calle, por la espaciosa avenida de Peñalver, tras las amplias vidrieras del café, raudos, cruzan autos y más autos con el ronco gemido de sus *claxons* y el sordo ruido de sus motores. Risas y voces, tintineo de cristalería sobre el mármol de las mesas del suntuoso local... El aristocrático teatro de Fontalba, abre sus puertas...

—Cuando más a gusto me hallaba en París—continúa San Germán—recibí una mala noticia que me hizo abandonarle: un hermano mío, policía, había sido muerto en un célebre atentado, en Barcelona... Tuve que regresar a España, al lado de mi madre... Pero pronto sentí la nostalgia de aquel bello país, de mi vida inquieta y azarosa... Aquí, en la inquietud obligada junto a mi familia, me consumía y de nuevo torné a partir al extranjero, después de haber hecho «Doloretas».